

Marcelo Cohen  
Los acuáticos



*La otra orilla*

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

**MARCELO COHEN**

**LOS ACUÁTICOS**

**Historias del Delta Panorámico**

## ÍNDICE:

El fin de la palabristica

Un montón de adjetivos

Cuando aparecen Aquéllos

Neutralidad

Usos de las generaciones

Panconciencia. Un ensayo

## *El fin de la Palabristica*

En una situación de grandes apreturas generales surgió un hombre que miraba hacia arriba. Sí. Bueno, sí. Es un planteo inicial firme y acertado pero muy insuficiente. Hacen falta algunas consideraciones. Apreturas, por ejemplo, significa no que no hubiese dinero sino que costaba mucho moverse con soltura; que, aunque la comodidad de las casas permitiera soslayar por las noches cuánto se chocaba durante el día en la calle, estaba el límite cortante donde los últimos edificios daban la espalda al campo arruinado por encima de la Perimetral. También es cierto que en Ciudad Ajania muchos miraban hacia arriba, la gran mayoría, porque a nivel de las caras la perspectiva era cortísima. Una incesante colisión múltiple de miradas que a cada segundo anunciaba un contacto de cuerpos, también múltiple, espasmódico pero sin cóleras. Un abarrotamiento apacible, casi narcótico. Hay que tener en cuenta que todo esto sigue siendo igual, más o menos todo. Lo único es que ahora está ese muerto interesante.

Nadie sabe en qué va a transformarse. Probablemente los procesos de la memoria abarrotada lo transformen en algo más que un muerto. Un objeto simbólico que pueda circular, digamos una imagen digital, una efigie, porque en Ajania no gustan los santuarios. No hay dónde ponerlos, y además para hacer un santuario habría que saber dónde fue la muerte. La muerte del hombre que miraba hacia arriba. Vale decir: que miraba hacia lo alto. Así queda mejor. Dentro de poco ni siquiera se va a saber si el tipo murió de veras. Siempre es así y con esto volvemos al comienzo.

Que no se sepa siempre ha sido una condición del bienestar.

Ajania había olvidado sus mitos fundacionales con tal fuerza de voluntad que ya parecía una especie de inocencia. Teníamos textos de historia veraces, para qué negarlo, periódicamente podados de las primeras épocas en beneficio de una gran dedicación al desarrollo moderno. En esto no debo detenerme mucho. No consentir la idea de complot de poder. Se había dado naturalmente. Una inercia comunitaria. Aceleración cohesiva, aunque sin gran interés por el porvenir. Ni por el pasado. Chistes legendarios simpáticos, a lo sumo, sobre la llegada del conductor Aján a la isla en un bajel cachuzo, guiando una banda de desharrapados famélicos. Brutos, seguramente, tecnoatorrantes expulsados por la escasez de alguna isla de monocultivo, o desposeídos de trabajo por una reconversión industrial. Descendientes de inmigrantes varios. Boat people. Ralea posproletaria. Es difícil concebir que pudieran considerarse elegidos. Pero la mitad de las islas del Delta tienen un mito sobre el Diluvio o la Inundación Universal y unos justos que se salvan junto con una muestra elegida de la correspondiente fauna local. Nosotros también. Indescriptible la megalomanía de ciertas culturas. No extraña que se hayan retaceado de los libros esas fábulas para subnormales. Eso de que llegado a un sitio de nuestra isla Aján dio dos pasos al Este, dos al Sur, etcétera y copuló con una virgen anciana pero derramó parte de la semilla en una hoja de paliboque y la amasó mezclada con excremento. Suyo. El caso es que entonces ya estaban como a dos días de marcha de la ribera. Más o menos en el centro de la isla, donde se interrumpen las lomas, hay una meseta enana. Parece que Aján plantó la torta envuelta en la tierra y dijo *Aquí el lugar fecundo*; el lema todavía se lee en el escudo de la ciudad.

Algún arma teledirigida debían tener, porque aniquilaron a los hectos, contuvieron a los beniles, etcétera; vaya a saber si se llamaban de veras así esas gentes. Pueblos cazadores de nutrias, pueblos criadores de pollos. Arroceros. Una isla bastante grande. Había una fábrica de harina de pescado. Los de Aján los dominaron a todos, y habrían empezado a matarse entre ellos de no mediar la vieja solución del sacrificio. Cada equinoccio de otoño ahogaban a un mancebo en una gran pila con agua de río para sofrenar al espíritu de la creciente o el dios del granizo. El cielo se pobló de poderes. Divinidades históricas, antojadizas, volubles, enemistadas entre sí. Ofrendarles algún cuerpo elástico de vez en cuando era una buena maniobra para sofocar las carnicerías. A medida que el cadáver amoratado de la víctima se iba pudriendo en la pila del sacrificio el deseo colectivo se aplacaba en una culpa cohesionante e inhibitoria. Pero como las carnicerías contra otros no paraban, el paso siguiente fue legalizarlas y minimizarlas con los protocolos de la guerra. Iban a una aldea y decían: Ciudad Ajania proyecta invadirlos, habrá lucha sin cuartel, perderemos vidas humanas y viviendas y cultivos y ustedes también; y para evitar cataratas de muertes se proponía un combate reducido entre campeones de cada pueblo. Esos cuentos plagados de llamitas prodigiosas estarían indicando que los ajanios usaban algún tipo de lanzafuegos. Perdieron muy pocas veces. Al fin impusieron un autarca a toda la isla. Después hubo paz, más o menos esporádica, y después desarrollo e intercambio con un montón de islas, televisión, pancorreo, la Lotería Panorámica, Panconciencia, invención de técnicas nuevas, absorción de saberes, producción de bienes, generación de riqueza, los beneficios de incorporarse al flujo simultáneo de todo el Delta. Hay un grueso así de páginas sobre las décadas de este proceso. Todo bastante rápido. No se explica demasiado adónde fue a parar la brutalidad, esa neurastenia arcaica ante los logros del vecino o la pre-

sencia física de un vecino, o ansia por agregar algún cachivache más al repertorio de posesiones.

No, no, así esto promete ser largo y engorroso. Para qué repasar trechos tan amplios cuando falta el don de resumir. Sin embargo repasando siempre se obtiene alguna pista. Tal vez no haya que adelantarse tanto. A ver, a ver. Volvamos unas páginas atrás.

Misioneros, claro; es un capítulo precedente. Aparecen ahí unos embajadores de traje plateado. Hombres de elocuencia vehemente, rebosantes de cortesía. Gente bien. Venían en prácticas naves voladoras. Ofrecían ese nuevo Dios único conversador, creador de toda la materia, filosófico, problemático, irritable, justo, paternal, que por encima de todo exigía no matar al vecino, ni local ni forastero. El nuevo Dios era como un viejo conocido o una versión remendada de un intento anterior. Ante cualquier escollo, el creyente miraba al cielo: *Oh, Señor, ¿me equivoco o estás abandonándome?* — Silencio — *¿Aún debo confiar en ti?* — Silencio — *Sí, Señor, entiendo que acatando tu verdad sólo se puede obrar rectamente.* Y acto seguido, la primera de un puñadito de normas morales: el asesinato se pagaba caro. A cambio, amar la presencia física del vecino local o forastero se premiaba de maneras que ya se entenderían con el tiempo. La promesa de otra vida: un banquete con larguísima siesta anexa cuando en este mundo siempre se ha comido mendrugos. Tenían gran muñeca publicitaria los misioneros. Los ajanios entendieron o volvieron a entender algo que sus ancestros habían olvidado. Y era que no había tiempo de sobra, dicho en el plano íntimo de cada cual. Todos los hombres se morían, bien lo habían comprobado ellos aunque se resistieran a enterarse. O sea que basta de víctimas propiciatorias. El Dios único de los misioneros venía a decir que cada criatura era inapreciable y redimible, y la eternidad un premio. Así nació el individualismo. Casi a

la vez nació el espíritu desbocado de empresa. Cada criatura que no creaba un negocio era inapreciable para mantener en marcha el negocio de otra o comprar lo que el negocio crease. Los misioneros ya habían instalado una repetidora de Panconciencia, esa hipotética conciencia única de todas las islas, y calculo que entonces cerraron el pico propagandístico para exhibir muestrarios de insumos. Catálogos. Contratos. Los ajanios habrán puesto materias primas y la resistencia física de los pueblos que habían sometido, y los organizaron con una rapacería que el Dios nuevo empezaba a revestirles de diplomacia. Aparece por ahí una planta de robotinas hiladoras de yute. Bancos. Una fábrica de piezas para fuselaje de flaybuses y andamios de construcción. Ya entonces las proezas de los ancestros habían volado de la memoria. En la totalidad dual del Delta Panorámico los ajanios se enchufaron a la Panconciencia mientras el resto de la isla zozobraba para siempre en la desinformación. Al resto de los isleños la falta de datos sobre la realidad panorámica los dejó en la miseria, porque a la larga sólo la información daba dividendos reales, y la miseria los fue idiotizando.

Muchas de las fábricas de insecticidas y sanitarios que habían hecho la opulencia de los ajanios empezaron a languidecer. Hubo una revuelta de isleños desempleados, tan idiota que más que reprimirla bastó con empujarla; como siempre, hasta el borde brusco de Ciudad Ajania. Cuando por fin se trazó la Ronda Perimetral, las fábricas clausuradas quedaron en las nuevas afueras de la ciudad. Ya está claro adónde había ido a parar la brutalidad de los ajanios. Crasa negación de los estómagos excedentes; una negación mortífera. Pero ojo con simplificar. Además la cuestión es otra.

Ciudad Ajania, prisma de cristal de cuarzo clavado en, en... Difícil terminar el símil. En fin: todo alrededor de la ciudad hay esa lejanía de fango resinoso donde se atrofian hasta



los laureles, cruzada de acueductos y agujereados trechos de asfalto y pasarelas de aluminio que unen antiguas viviendas obreras. Derruidas las más. Algunas todavía habitadas, y entre los pilares bandas escuálidas de atracadores pesimistas. Una pulsación, esas afueras, de vida peligrosa, tenue y arrítmica como de tejido con necrosis. Hierro oxidado. Guirnaldas de espuma mugrienta en charcos de agua servida. Esos lagartos barbudos de nuestra isla inmóviles entre bidones de petróleo. Gallinazos de carne fétida que los cazadores malquieren. Dragas varadas desde crecientes inmemoriales. Gente, gente desvaída. Carbón desparramado entre frigoríficos de ventanas rotas. Mantas mojadas, lápidas, chasis, caños, gasolineras fantasmas, vagones empapelados de diarios. Maletas robadas del aeropuerto. Todo lo que la ciudad viene evacuando desde hace una enormidad de tiempo. Pasan por ahí vías de tren que acaban de golpe en las lomas peladas. Más lejos, cerca de las riberas, aldeas como de pan negro desmigajado. Ciertos pobladores rubios y ariscos que secan juncos. Pesca y cestería y unos cánticos de rana que parecen emitidos desde el centro del cráneo. Con la brea que flota en las rías esa gente hace enormes montículos que figuran en la guía turística de la isla pero en los diarios no aparecen nunca. Tortas de Aján, las llaman. Entre los sauces. Las he visto al ir en flaybús de vacaciones a Isla Guampol o a otra parte. Un álbum fotográfico de la angustia. A veces ahí sacrifican en la pira a algún chico que salió escupido de la ciudad. Es decir que son neopaganos. Así sugiere no sé quién. Yo no lo creo. Ese paisaje es importante en un sentido que ya irá descubriéndose. De momento hay una intuición y mis humildes datos. Ya corroboraré si es cierto. Será cierto.

A mí me toca investigar. La orden no es muy perentoria, como si prácticamente a nadie le importase lo que haga, aunque también la indiferencia se puede fingir. En una situación de grandes apreturas surgió un hombre que miraba

hacia arriba, es decir hacia lo alto, y cuando su ideario ya entusiasmaba a medio mundo el sujeto se murió o lo mataron. No hay cadáver.

A los cuatro días de haberse propagado la noticia entra en mi cubículo la comisaria Benaspe y me dice: Doriac, usted se va a ocupar de este asunto. No le pregunto cuál asunto porque ya sé; desde luego que lo sé; le pregunto qué quiere que haga. Como ha ascendido a fuerza de estar en contacto con la Panconciencia, la comisaria no tiene ideas particulares. Bueno, algunas. Muchas menos que yo. Le ofrezco un cigarrillo y dice que está demasiado triste para fumar. Dejemos de lado si es sincera. No hay cadáver ni móviles apreciables, pero puede haber cadáver y móviles también. Le digo que en principio haré un informe. Doriac, a usted le encanta perder el tiempo; pero como tenemos tiempo de sobra haga usted como guste. ¿No cree, comisaria, que dentro de unos meses todo el mundo se habrá olvidado de mirar hacia arriba? La comisaria Benaspe dice que no, pero no me presiona. Acomoda el cuerpo a mi oficina diminuta con una sinuosidad adiestrada en miles de fintas diarias. La cara lisa de adicta a la Panconciencia le brilla de porcelanosis, la enfermedad de los ajanios más endurecidos. Una belleza madura y hierática. No sabe si el caso tiene importancia o no. Para eso acá estoy yo, elaborando el informe. Es lo primero, y es mi obra.

Vacaciones, claro. Todos iban y seguirán yendo de vacaciones lo más lejos posible. En Ciudad Ajanía no hay lugar. El afán de acumular, y ordenar todo el rato lo acumulado para que no moleste, engordó en el pavor al contacto con cualquier cosa que no hubiera entrado en la selección. Un pavor casi tangible. La energía afilada que daba el pavor se aplicó a la decoración de un rutilante campo de exclusiones: *Que aquí no entren esos de alrededor*. La ciudad se hizo estrecha de talle y alta de envergadura, como si el bien-

estar sólo pudiera representarse en una silueta esbelta. Cuanto más moribundas las afueras, más circunscrito el adentro. Nada de toxinas. Reluciente la ciudad y tersa la población. Carne suntuosa fajada por la Ronda Perimetral. El precio de una tanatocracia próspera. Rascacielos, puentes aéreos y por supuesto parques obligatorios, todo superpoblado e hiperactivo. Una cantidad de edictos fomentando el uso de las piernas para evitar congestiones de tráfico. Plantas purificadoras. Andar raudo y deportivo; siluetas humanas que duplicaban la belleza quirúrgica de la ciudad. Si en las afueras que ahora nadie conocía ni recordaba el agotamiento del deseo volvía el paisaje melancólico, el deseo de Ciudad Ajanía prosperaba en una pujanza ansiosa. Un módulo aislado de setecientos mil habitantes puede vivir bien varios siglos si está comunicado con los centros decisivos del Delta y enchufado a la Panconciencia. Basta con que planifique el crecimiento vertical. Expulsar población vernácula habría sido una barbarie, un retroceso a la crueldad del politeísmo. Eso no. Tampoco cabía una moral del roce agresivo con el conciudadano. Bastaba con reprimir un poco las fobias.

Se sabía que en las afueras había crímenes violentos; ése era el territorio de los sacrificios. Dentro de la ciudad el síndrome habitual se manifestaba en mareos, hipersensibilidad, aumento o reducción de la frecuencia cardíaca, sudoración, desequilibrio, impotencia motora repentina, parálisis del habla. Para mitigarlo había pastillas. O el masajeador de yemas de dedos. Para llegar al salón bar donde Mengano le ha dado cita, Fulano tiene que esquivar flaytaxi en vuelo bajo, recorrer dos aceras saturadas de gente en movimiento, cruzar un hall rebosante y subir treinta y dos pisos en un ascensor caldeado y hermético; de golpe no le responden las piernas; apenas respira; no está educado para abrirse camino a codazos; en el aire lamedor hay un exema ambiental, casi igual a la reacción alérgica que empieza

a manifestar él mismo; así que saca el comprimido y se lo traga. Llega a la cita un poco sedado pero la lengua al menos le funciona. El salón bar le parece un dédalo de muebles de aristas poderosas. Por la ventana, a quince metros tras la ventana de enfrente, ve un salón bar decorado en otro estilo, pero también repleto, donde un hombre petrificado entre mesas intenta echarse al garguero una pastilla. Me pregunto si en el paisaje miserable de las afueras no se morían muchos de tristeza. En Ciudad Ajania el esfuerzo colectivo por controlar el pánico había suprimido el suicidio. A mí ninguno de los dos extremos me afectaba porque me movía en las flaymotos de la brigada, o por los cables del teleférico oficial. Pero entonces veía.

Veía un clima de abulia bulliciosa con raptos de movilidad. No se incentivaba el matrimonio; no se elogiaba la pareja; y no por resistencia a la procreación, sino porque ninguna cautela sobraba para evitar que la apretura se recalentase. La realidad paralela de Ciudad Ajania era una red masiva de viciosos solitarios. Y ufana... Veamos qué más... Modas: sesiones de nostalgia de la naturaleza. Desayunos en la terrazas ajardinadas. Mucho humor procaz sobre la promiscuidad; adiestramiento constante para disiparla. *Niño, ¿te molestaría eructar hacia el suelo? — Usted disculpará, caballero, si no puedo encajar la teta en otro lugar que su axila. El problema, señora, será dónde apoyar mi bálano — Ja ja —* Después cada cual de vuelta a un pudor enérgico y alegre. Del pudor real dependía el mantenimiento de un medido lujo. Pese al estrépito constante de motores nadie alzaba nunca el tono. Hasta los chistes se iban apagando.

Pero en esa situación de grandes apreturas surgió un hombre que miraba hacia lo alto. Viol Minago. El Que Nos Encumbró. El Que Alzó Las Palabras. Títulos pálidos para una figura que hizo verdadero capote. Esto, tenerlo muy en cuenta. Las ideas de Viol Minago arrasaron. Es descorazo-

nador lo mal que estoy exponiéndolo. No habría debido empezar desde tan atrás, pero a lo mejor es el precio de la meditación. Sentado en mi cubículo blanco frente a la pecera azulada yo fumo y medito y me cepillo el pelo esforzándome por sofocar a mi Locutor Interior hasta que se calla; trámite de lo más arduo porque el Locutor Interior es casi automático, y muy potente. Empieza a parlotear no bien el cuerpo se aquieta, y después ya no para; reprime los sueños. Pero yo lo silencio. Al principio esa quietud la ocupa un revoltijo huracanado de ideas, pero si registro todo lo que me pasa por la cabeza al final destella algún chispazo. Hasta podría hacerse la luz. No creo que se haga si no salgo a la calle como un buen detective cualquiera. Libreta, cápsulas de la verdad para interrogatorios caseros, la pereza bestial de tocar timbres, observar el estupor resentido que provoca en los civiles mi pelo largo y reluciente. Pero al cabo tendré que salir de todos modos. Y si no fuerzo un poco el pensamiento me asaltan tan pocas ideas particulares como a la comisaria Benaspe. Vamos entonces, que aflore todo. En mi exclusivo beneficio. Un detective libre en un cuerpo atenazado.

Si la comisaria Benaspe me preguntase qué corazonada tengo le contestaría: Comisaria, *busque a la mujer*. Le encantaría, a la tipa, pero no le voy a decir nada. Yo sé esto: subrepticamente, la impotencia motriz empezó a infiltrarse en el alma encogida de un hombre de poco más de treinta años que trabajaba de tutor gimnástico en un módulo habitacional femenino. Viol Minago desempeñándose ahí: vahos de gas desodorante entre cuerpos empotrados en aparatos. El ronquido del estirador de piernas arrullando los tendones como una sonatina. Viol eludiendo el descenso de una pesa para eludir enseguida la rodilla de una dama que pedalea, trastabillando junto al tropel de corredoras en la pista rodante. Aquí la foto del sujeto sobre mi pupitre: opaco, retraído, robusto, canas prematuras sobre la

cara de mono. Simpático. Como tenía un talento para la musicaja, todas las noches iba a la discoteca del edificio a fundir éxitos musicales del Delta en hilos rítmicos que ataban los bailarines al movimiento. El propósito era agotarlos para que se desvivieran por irse a descansar. Un plan compasivo. Buen music-cajista, Viol. Sistemáticamente los bailarines terminaban embistiéndose, ebrios de inhibición, porque a las tres de la mañana sonaba la campana y los hombres tenían que retirarse. Estaban obligados. Rumbo a la salida, Viol debía vislumbrar los cuerpos tambaleantes abroquelándose en abrazos salivosos. Intentando robarle un polvo rápido al reloj. Un ascensor se paraba unos minutos entre dos pisos. Pesarasas caminantas de madrugada bajo las luces de los albergues para enamorados. Edificios que se mecían al compás de cientos de manos, cada una acariciando los genitales de su mismo cuerpo. Viol no dormía. Iba a sentarse en algún banco del Parque Pontaj, entre la barahúnda de paseadores de perros que confraternizaban bajo los faroles y los insomnes tumbados en las tiritas de césped, amontonados en las rampas y las glorietas colgantes. Vistas desde ahí abajo, en el recinto perfumado por los jacintos, las cúspides de los edificios titilaban a la misma distancia que las estrellas y con la misma intensidad, más o menos. A Viol le llamaba la atención la destreza de los ajanios para comer, beber, digerir, recrearse y relacionarse de las maneras necesarias sin abultar ni entrometerse ni perder el equilibrio, ni siquiera los vendedores ambulantes, con apenas un desplazamiento contenido y breve del centro de gravedad. Todos los balanceos sumados daban un meneo casi continuo de gracia apática, roto intermitentemente por las parálisis puntuales. Y cuando alguien quedaba inmóvil, el peligro de turbulencia se diluía en ristras de quietudes intermedias, variedades del movimiento que disminuían en dirección al punto crítico y se intensificaban hacia todo lugar donde el vaivén continuase. A veces un alarido atrofiado. Nadie rechistaba, aunque les doliese, porque la Pan-

conciencia inculca la mentira de que estando en un lugar uno está en todas partes, lo mismo Ciudad Ajania que Parisy.

Pero Viol Minago no podía no pensar. No es que pensar se cayese de maduro, sino que pensar era su fatalidad. Ah, tanta gente de reflejos sutilísimos bamboleándose en una placidez sin cometidos. La altura majestuosa de los edificios sustituyendo imperfectamente un anhelo de elevación. Anhelo vano. Postergado. Eso era lo que Viol percibía en las masas corporales de la ciudad, en los coordinados frotamientos, los enervados sprints, los fulgurantes zigzags, las frenadas y torsiones no siempre eficaces y el rumor de los sensores siempre encendidos. Lírica ingenuota, subproducto del agarrotamiento. Pero en fin: en el aire volátil, explosiones de miradas. Abajo un tendal de cerebros chamuscados. Arreciaba la esterilidad. Qué bárbaro, lo estoy exponiendo con una elegancia que empalaga. Si Benaspe oyera estos prodigios sintácticos diría que soy un faccioso. Le gusta incriminar. Y es que Benaspe no es ajania pura y lleva su apellido a disgusto, como una falda con el ruedo embañado.

Por supuesto que nadie va a acusarme de nada. Pero no tengo por qué entregar mis razonamientos verdaderos ni razonar en la sintonía de los monguis. Ya veré qué le digo. He estado tendido en el sofá, durmiendo muchísimo para que Benaspe se tranquilizase cada vez que se asomaba. Cree que dejándome usar el pelo largo me satisface la cuota de narcisismo. No obstante alguna versión quiere que le proporcione, para el registro oficial. Cualquiera. Por eso me deja en paz. Al modo en que dejan en paz los funcionarios. Mañana sin embargo, vendrá a reclamar. Yo le daré algo: un sospechoso; un arma homicida. El Locutor Interior, que siempre habla manchado de Panconciencia, insiste en introducirme palabras que a Benaspe le parecerían apropiadas.